

recho especial de propiedad que las leyes conceden á la madre sobre sus hijos, vuestro Hijo no puede en justicia ser destinado á la muerte sin vuestro consentimiento. El Padre Eterno ha dado ya el suyo y decretado el sacrificio. Pero Vos, María, ¿daréis también el vuestro, y sucumbiréis por vuestra parte á ese decreto? Triste y dolorosa alternativa. Si Vos consentís, ¿qué será de vuestro Hijo? Y si Vos rehusáis, desgraciados de nosotros, ¿qué nos va á suceder? Pero no, María no rehusa. Ella hubiera querido, dice San Buenaventura, ofrecerse por El y sufrir todos los tormentos y todas las penas que debían reducir á Jesucristo á un estado tan lamentable. Ella hubiera querido colocarse en su lugar. Mas supuesto que una víctima puramente humana no puede aplacar á la Justicia divina, porque el hombre, después de su caída, no podía ser redimido sino por un Dios, María inclina su frente. Todo lo que se complace Dios en decretar, se complace Ella igualmente en aceptarlo. Ella aprueba, por consiguiente, el sacrificio de su Hijo por la salvación del mundo (1). Ella acepta una ley tan dura, y, lo mismo que la madre de Moisés, se pone á alimentar á su Hijo como si no le quedase ya derecho alguno sobre El, como si no fuese ya su Madre, sino una mujer cualquiera (2).

(1) Si fieri potuisset, omnia tormenta quæ Filius pertulit, sustinisset; et nihilominus placuit ei quod unigenitus suus pro salute humanis generis offerretur. (*S. Bonav.*)

(2) Suscepit mulier, et nutritiv puerum. (*Exod., II, 9.*)

Pero ¡qué imaginación podrá figurarse, qué lengua podrá referir el martirio, los dolores y los tormentos que le impone este cargo, que la generosidad de su amor para con nosotros le hace aceptar!

Jesucristo no morirá más que una sola vez en el Gólgota. María, desde este momento, dice San Bernardo, muere á cada instante en su corazón. Su vida es un tejido de dolorosas angustias y de temores, más crueles aún que la misma muerte (1). Las palabras proféticas de Simeón resuenan continuamente en sus oídos, y la espada de dolor que se le ha anunciado está clavada constantemente en su corazón.

Un antiguo decía que no hay miseria más profunda ni angustia más dolorosa que la previsión cierta de las desgracias futuras. El alma experimenta entonces á cada instante el dolor de lo que sucederá en un momento (2). Cuando hay esperanza de que el acontecimiento funesto que se prevé podrá no suceder, queda siempre un consuelo, al que jamás renuncia un corazón afligido. María no puede entregarse á esta consoladora ilusión. Ella sabe que no son las vicisitudes humanas las que conducirán su Hijo al Calvario, sino los decretos inmutables de Dios. Ella sabe muy bien, Ella cree con una fe perfecta, que todo lo que han anunciado los Profetas respecto á los tormentos y á los opro-

(1) Moriebatur vivens, dolorem ferens morte crudeliorem. (*S. Bernar.*)

(2) Calamitosus est animus futura prescius, et ante miserias miser.

bios del Mesías se cumplirá hasta la última sílaba, y la viveza de su fe le hace considerar como presente lo que debe suceder en un tiempo lejano.

Esto que Ella cree, lo ve y lo siente; á cada instante experimenta el mismo dolor que le hará sentir el cumplimiento de la profecía. A cada instante tiene nuevos motivos de penas y nuevas causas de dolor.

Su cuerpo está en Belén, en Nazaret, en Egipto, mas su espíritu asiste continuamente á la escena sangrienta del Calvario. Durante los treinta y tres años que precedieron al sacrificio de Jesucristo, está María como Abraham en los tres días que precedieron al sacrificio de Isaac. Ella no ve ya en su Hijo el Hijo de la promesa, sino el de los dolores. Ya le alimenta con su leche, ya le estrecha contra su corazón, ya le vea crecer en sabiduría, en gracia y en edad, el pensamiento de esta tierna Madre se fija involuntariamente en la cruel carnicería que harán algún día de El. Ella piensa, Ella ve que aquellos miembros santos y delicados, aquel hermoso semblante, al que Ella no acerca sus labios purísimos sino con respeto, serán desgarrados por los azotes, destrozados con los golpes, manchados con las salivas, atravesados con los clavos y espinas, emponzoñados con la hiel, y suspendidos en el patíbulo más cruel y más ignominioso.

Desde entonces todas las tiernas miradas de su divino Hijo, todas las palabras que le dirige, todas las pruebas de respecto, de obediencia y de amor que recibe de El, son para esta tierna Madre otras tantas sae-

tas que traspasan su corazón. A cualquiera parte que vuelva los ojos, todo le recuerda altamente las imágenes funestas, los terribles pormenores de la catástrofe de que será víctima Jesucristo. Todo le habla de sus tormentos y de su muerte. El nombre solo de su patria y de su nación, que había de tratar como criminal al que había venido á salvarla, era para ella un suplicio. Por todas partes no encuentra más que motivos de pesar y de tristeza, y estando su alma siempre ocupada de funestos pensamientos, su corazón está inundado de dolor y sus ojos de lágrimas.

¡Oh corazón afligido! ¡Oh corazón desolado de María! Decía á este propósito el beato Huberto de Casal. Ahora comprendo por qué los profetas han comparado vuestra aflicción á un mar inmenso de amargura; porque si las aguas dulces de los ríos mudan de naturaleza y se hacen saladas y amargas cuando entran en el mar, del mismo modo todos los pensamientos, todos los objetos propios para alegraros y consolaros se encuentran absorbidos al entrar en vuestra alma, turbada por la tristeza, y se convierten en motivos de un dolor amargo al pasar por vuestro corazón, sumergido siempre en la aflicción (1). La presciencia cierta de la pasión de su Hijo es, pues, para María, dice el abate Ru-

(1) *Facta est velut mare contritio tua, Beata Virgo; sicut flumina, quæ in mare refluxunt, in amaritudines convertuntur; sic omnes cogitationes tuas mare cordis tui in amarum absorbebat* (B. Hubert. à Casal.)

perto, un martirio no interrumpido (1). Desde el momento en que lo ofrece en el templo, y que El se hace por lo mismo como una prenda destinada á servir de rescate por la salvación de los hombres, puede decir María, con más razón que el Profeta, que se halla en el camino de un verdadero sacrificio. Su corazón ha llegado á ser como una víctima inmolada á cada instante, para renacer espontáneamente á un sacrificio nuevo. Su holocausto es un holocausto permanente y perpetuo. Por espacio de treinta y tres años se consuma á cada instante, y se renueva incesantemente, más cruel y más doloroso (2).

Esto es precisamente lo que nos manifiesta la fuerza y la vehemencia con que deseaba María nuestra salvación. Sus penas se renuevan á cada instante; á cada instante renueva también María la firme resolución y el deseo ardiente de sufrirlas. Su martirio se renueva continuamente, y continúa renueva también María la ofrenda de su Hijo, que es la causa de él, para la redención de los hombres, que debe ser su fruto.

El martirio de María tiene de particular respecto á otro martirio cualquiera, que el tiempo, que cicatriza las heridas y mitiga el dolor, produce en María un efecto contrario. El tiempo multiplica las heridas de su corazón y las hace más profundas, y su dolor más violen-

(1) Tu longum, præsciæ futuræ passionis Filii tui, pertulisti martirium. (*Rup. Abb.*)

(2) Propter te mortificamur tota die: æstimati sumus sicut oves occisionis. (*Psalm. XL, III, 22.*)

to y más agudo. Esto consiste en que cada día que pasa la acerca más al Calvario y á todo cuanto debe sufrir allí, y cada paso que su Hijo da en la carrera de la vida es un paso que lo acerca al Gólgota. Este monte sangriento, debe ver expirar al Hijo, se presenta á cada instante más cercano al espíritu de la Madre; á cada instante conoce Ella con más distinción y ve más claramente los misterios que el amor de Jesucristo consumará allí, y los actos de rabia infernal y de furor ciego y bárbaro que la perfidia y el odio de los judíos han de ejecutar. Sin embargo, estos pensamientos cada vez más dolorosos, estos pensamientos cada vez más funestos, lejos de debilitar en manera alguna el deseo que tiene María de ver á su Hijo sacrificado por nosotros, hacen este deseo cada vez más vivo, cada vez más impaciente, á medida que su dolor se hace más violento y más agudo. Cuanto más espantosa y más terrible se le presenta la escena del Calvario, tanto más apresura Ella con sus fervientes súplicas el momento en que debe realizarse. Su caridad es superior á sus penas; cuanto más sufre, tanto más ama.

Por consiguiente, la ofrenda de María no es de un solo instante, sino de todos los instantes. A cada momento experimenta Ella el dolor de todo lo que el Hijo ha de sufrir un día y de todo lo que el corazón de la Madre padecerá por El y con El, y á cada momento lo aprueba y lo desea. A cada momento siente el terror que le inspira la muerte de Jesucristo, y á cada momento consiente en ella, la quiere y la pide. Si su

corazón permanece siempre quebrantado por el sentimiento del vivo dolor con que le hirió por primera vez la profecía de Simeón, su espíritu permanece constantemente con las disposiciones generosas que la animaron cuando su primera ofrenda. Siempre sufriendo, pero siempre resignada; siempre saciada de amarguras, pero siempre dispuesta á todo; Ella no está un momento sin dolores, pero tampoco está un momento sin amor.

No fué, por consiguiente, una vez sola la que Ella nos dió su Hijo, no fué una sola vez la que experimentó los tormentos de la muerte, sino tantas veces como fueron los instantes que separaron los desgarradores y misteriosos acontecimientos del Calvario de las tiernas ceremonias del templo. Su ofrenda se multiplicó como su martirio, ó más bien, éste no es más que una sola ofrenda, que jamás fué olvidada, retractada ni interrumpida por espacio de treinta y tres años. Es un solo martirio, que en treinta y tres años jamás tuvo descanso ni consuelo. ¡Oh amor! ¡Oh dolor! Dolor el más intenso, amor el más vehemente. ¡Qué ofrenda! ¡Qué martirio! Martirio el más cruel, ofrenda la más generosa. El martirio de María es el más grande después del de el Hijo de Dios, así como su amor, en la ofrenda que hizo por nosotros, es el más grande después del de el Padre celestial. Su amor á nosotros no tiene modelo sino en el cielo, ni tiene su principio sino en el cielo. Y el mismo amor que animaba al Padre celestial obligó igualmente á la Madre terrena á dar y á sacri-

ficar por nuestra salvacion su común Hijo, que es Dios como su Padre. Por este don inefable, por esta permuta de inmensa bondad, el uno se hizo el verdadero Padre, y la otra la verdadera Madre de los hijos de los hombres.

---